

Cultura obrera en las maquiladoras de Ciudad Juárez en tiempos catastróficos*

Sergio Sánchez**

Patricia Ravelo**

En este artículo se explora la situación que se vive en Ciudad Juárez hacia fines de la primera década del siglo XXI, desde la cultura de las y los obreros que laboran en las maquiladoras de exportación. Se ilumina la complejidad de la condición obrera en este contexto, marcada por la división que se generó en sus filas entre migrantes y originarios; por su inserción en una ciudad con un ambiente clasista que los estigmatizó de diversas maneras; y por su diario bregar en las maquiladoras, en las que impera el control del capital, con despidos muy comunes. El ensayo aborda también los cambios culturales al agudizarse la violencia y la crisis de las maquiladoras, que hacen que Ciudad Juárez hoy sea la ciudad con los mayores índices de violencia en el mundo, y en donde se han perdido alrededor de 120 mil empleos en la última década. En una situación así, los autores observan una cultura obrera marcada por el miedo y el riesgo en medio de una situación que puede verse como catastrófica.

En esta comunicación indagamos la cultura de la clase obrera de las maquiladoras de exportación en Ciudad Juárez, desde la subjetividad de los sujetos que conforman esta clase, en esta ciudad que hoy todavía es la principal ciudad maquiladora de México, la cual

contaba, hasta hace pocos años, con 1 millón 200,000 habitantes, aproximadamente, antes de la catástrofe social que ahí se vive en la actualidad.

Indagamos aquí algunas dimensiones del diario bregar de esta clase obrera: la vida cotidiana, en donde aparecen temas como la migración, la religiosidad y los procesos de conversión religiosa. También urgamos en las condiciones de trabajo en las maquiladoras, en una época de crisis de este sector industrial.

Estudiar a “la nueva clase obrera” en este lugar significó tomar en cuenta un contexto caracterizado por la globalización, pues esta clase

labora en empresas que son, en su mayoría, transnacionales, las cuales han impuesto una nueva regulación laboral, en diversos aspectos al margen de la Ley Federal del Trabajo. Son empresas en las que impera la flexibilización del trabajo (en puestos de trabajo, en turnos, y en el empleo), y en las que el despido de obreras y obreros es común, situación que se ha agudizado a lo largo de la presente década.

Este proceso de globalización adquiere un significado especial: Ciudad Juárez es una especie de “patio trasero” de los Estados Unidos de Norteamérica. Es el lugar donde se desechan las personas (los deportados

* La presente comunicación es un avance de una investigación más amplia sobre el tema, que contó con financiamiento del CONACYT. Forma parte del proyecto mayor titulado “Género, Violencia y Diversidad Cultural en la región de Ciudad Juárez y El Paso, Texas”, coordinado por Javier Melgoza, Patricia Ravelo y Sergio Sánchez.

** Profesores-Investigadores del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS, D.F.).

a México desde ese país), y mercancías diversas, como las armas. Por mucho tiempo fue el lugar privilegiado de la diversión y de los excesos para los habitantes de esa región, entre ellos, los “americanos”. Era el lugar de los servicios baratos (se pagan en pesos mexicanos), en donde se accedía al alcohol, a las drogas y al sexo-servicio; y donde siguen arribando las drogas que provienen del sur en su tránsito al gran mercado de las sustancias tóxicas: los Estados Unidos de Norteamérica¹.

En efecto, en Ciudad Juárez se pueden observar los elementos propios de un capitalismo depredador, con una cultura de la ilegalidad, del “dejar hacer”, por parte del sistema político, donde desde hace décadas imperó el crimen organizado, hasta que se conformó el poderoso Cártel de Juárez, hoy enfrentado al Cártel de Sinaloa por el control de la ciudad (2008-2010).

Hoy (2010), los elementos apuntados se han exacerbado, el desempleo se ha extendido, pues se han perdido unos 120 mil puestos de trabajo en el sector, (cuando en los años 90 del siglo pasado llegaron a haber unos 220 mil puestos de trabajo), sin contar muchos otros empleos en el comercio y otros servicios (como educación y salud); junto con el desbordamiento del crimen en muchas formas y manifestaciones, de tal manera que la violencia es algo cotidiano, así como el miedo de la sociedad, lo cual derivó en el gran éxodo de los últimos años. De esta manera, unas 200, 000 personas han abandonado la ciudad los últimos dos años, huyendo de la violencia que ahí se ha instalado.

Cultura del “nuevo proletariado del norte”

Nos referimos aquí entonces a la cultura del “nuevo proletariado del norte”, el de las maquiladoras de exportación, el que no conoció el modelo de relaciones laborales de la Revolución Mexicana ni la alianza con el Estado pos-revolucionario.

Es el sector de la clase obrera que, desde sus orígenes, se enfrentó a un régimen laboral flexible, con intensos ritmos de trabajo y con prolongadas jornadas de trabajo, con “regresión” de derechos laborales, y, en general, sin conocer o interesarse siquiera en la organización sindical.

¹ Esta imagen de Ciudad Juárez ha sido desarrollada en diversas obras, así como en filmes recientes, como el de Carlos Carrera (México, 2009), titulado “Back Yard”, es decir, “Patio Trasero” o “Traspatio”.

Las empresas que conforman la industria maquiladora de exportación (en su mayoría de capital norteamericano y mexicano, y en años recientes con presencia del capital de origen asiático) presentan un amplio abanico de industrias; en realidad podemos decir que no es una sola industria, sino un conjunto de ellas, bajo un régimen fiscal común.

Se trata de un sujeto obrero joven, uno de la gran proporción de migrantes (cifras oficiales indican hasta un 30%), que ven el trabajo en las maquiladoras como una alternativa para acceder a un salario, a algunas prestaciones, y al seguro social. Un sujeto obrero sumamente pragmático, que no se opone a los despidos, que “rota” (o “rotaba”) o cambia de una empresa a otra (por la sencilla razón que ahora ya no hay opciones de empleo en el sector), y que no cuenta con experiencia de sindicalización².

Hagamos algo de historia. En Ciudad Juárez, cuando fue instalado el programa maquilador en la frontera norte, en los años 60-70 del siglo pasado, quienes se ocuparon mayoritariamente en las empresas de este tipo fueron mujeres, una parte de ellas migrantes (del mismo estado de Chihuahua y de otros estados del país). Ellas fueron internalizadas en la subjetividad de la población local, como “fuereñas”, y fueron señaladas, por el imaginario local, como las “maquilocas”, las que “habían venido a Juárez a andar loqueando”³.

Como vemos, en un principio ese *atributo cultural estigmatizante* de estas obreras lo establecieron sectores sociales dominantes, entre los años 60 y 70 del siglo pasado, atributo que luego reprodujeron las clases subalternas, entre ellas la clase obrera⁴.

² La caracterización general sobre los rasgos culturales del “nuevo proletariado del norte”, en De la Garza, Enrique, “Reestructuración productiva, estatal y de los sujetos obreros en México”, en *Crisis y sujetos sociales en México*, Enrique de la Garza (Coordinador), Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México y Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, vol. I, México, 1992: 53-106.

³ Balderas, Jorge, *Mujeres, antros y estigmas en la noche juareense*, Chihuahua, Instituto Chihuahuense de Cultura, Colección Solar, 2002.

⁴ La anterior es una de las interpretaciones sobre la generación de prejuicios y estigmas hacia las obreras de las maquiladoras, pero no es la única. Para Pablo Vila los prejuicios se generan en las y los migrantes. Estos ven a Ciudad Juárez como “la ciudad del vicio”; y a las obreras de las maquiladoras originarias del lugar las ven como “locas” o prostitutas. Para Vila, estos prejuicios se extendieron luego a todas las obreras de las maquiladoras. Nosotros nos acercamos más a la interpretación de Balderas: estos prejuicios se dieron primero entre los originarios de la ciudad, y

Posteriormente se produjo el fenómeno de la “masculinización” de esta clase obrera (hasta años recientes, llegó a ser de casi 50 % de personal masculino), lo que implicó una ampliación de estos estigmas hacia los hombres, y el desarrollo de nuevos estigmas hacia la población obrera como homosexual y lesbiana, y hacia los jóvenes, sobre todo aquellos con aspecto de cholos.

Es decir, la clase obrera es sumamente heterogénea, compuesta por mujeres y hombres, en su gran mayoría jóvenes. Y aunque la idea de juventud es relativa, hablamos de mujeres y hombres que se insertan desde muy jóvenes en las maquiladoras y que llegan a los 30 y hasta los 40 años de edad trabajando en ellas –aunque a esa edad suelen ser desechados o despedidos por las maquiladoras.

Algunos de estos obreros desempleados volvían a laborar en este medio industrial, un medio que había impuesto nuevas exigencias a esta fuerza de trabajo, como contar con la secundaria para laborar. Pero ahora esto no les es posible, por la gran crisis del sector.

Como decíamos, esta “nueva clase obrera” tiene características particulares a partir de su origen de étnico-migrantes, en las cuales profundizaremos enseguida.

Los originarios

Enseguida sintetizamos experiencias de obreras y obreros originarios del lugar, de aquellos que nacieron y crecieron en la ciudad y/o en el municipio donde se ubica Ciudad Juárez, el municipio de Juárez.

Un obrero joven de 17 años de edad, al cual llamaremos Riqui, nos habló de las causas para ingresar a laborar en una maquiladora: la necesidad de un ingreso, de un salario, con el fin de cubrir sus necesidades más inmediatas. Para entonces, él ya había laborado en una primera maquiladora, y cuando lo conocimos se encontraba en su segundo empleo. La causa de esa rotación era clara: él necesitaba “feria”, un salario algo mejor, y eso sólo lo podía alcanzar buscando aquella maquiladora que le ofreciera mejores condiciones de trabajo.

luego los migrantes los reprodujeron. Para la interpretación de Vila, véase Pablo Vila, *Identidades fronterizas. Narrativas de religión, género y clase en la frontera México-Estados Unidos*, Colección Sin Fronteras, Ciudad Juárez, México, El Colegio de Chihuahua y Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2007.

Su interés por la empresa partía de esa orientación utilitaria. Para él, el empleo maquilador era un medio, no un fin. No parecía haber mayor interés en integrarse o ser parte de una “firma”, de una corporación transnacional, las cuales sólo representaban para él un salario, el pago por alquilar su fuerza de trabajo durante la jornada de trabajo, y el acceso al seguro social.

Él ya portaba, a esa edad, la experiencia de la violencia en su barrio. Desde muy joven participó en una pandilla, luego se vio envuelto en un hecho violento. Por ese incidente, él tuvo que alejarse del lugar donde vivía, y radicarse con familiares en otro barrio de la ciudad, luego de ser detenido por la policía, juzgado, y sancionado con la pena de cubrir los gastos de curación de una persona herida durante ese incidente.

Él parecía haber iniciado un proceso de regeneración, que años después lo llevó a convertirse en Testigo de Jehová, conversión que probablemente lo había ayudado a superar el sentimiento de nostalgia que lo embargaba cuando lo conocimos, ante la separación tan temprana de su familia, luego del incidente violento del cual ya hablamos. Sus sentimientos no eran los de la confusión, sino los de la nostalgia, y los del dolor y la pesadumbre, por ese incidente violento.

A pesar de ello, Riqui tejía entonces los sueños de un futuro mejor. Cuando lo conocimos, él nos habló de sus aspiraciones, de la posibilidad de estudiar para ser ingeniero en el futuro.

En otros sujetos originarios de Ciudad Juárez, encontramos experiencias como las estancias ilegales en Estados Unidos de Norteamérica, la del peligro en el barrio, la del temor a la violencia, el surgimiento de fuertes actitudes individualistas (las cuales eran realmente de autoprotección ante un medio hostil), además de un agudo sentimiento contrario a los migrantes en las maquiladoras.

Esos migrantes imprimían ritmos intensos de trabajo en las líneas de producción. Ese sentimiento antimigrantes se combinaba con un fuerte cuestionamiento a la disciplina fabril de las maquiladoras, parecido a una suerte de *instinto de clase*, es decir, de comprensión de la explotación y la subordinación en estas empresas, que los llevaba, instintivamente, a desarrollar cierto activismo y a entrar en contacto con *expertos*: con activistas, militantes de ONG⁵.

⁵ Sobre los expertos en las sociedades actuales, véase Giddens, Anthony, *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Colección Historia, Ciencia y Sociedad, núm. 257, Ediciones Península, Barcelona, 2000.

Pero no todo era “toma de conciencia”, o *instinto de clase*, entre estos obreros y obreras. En el caso de Francisca, lo que encontramos es un fuerte *condicionamiento* por parte de la maquiladora en la que laboraba, la RCA, famosa en los años 80 y 90 del siglo pasado, por el salario y las prestaciones que brindaba, cuestiones que la llevaron a esta obrera a subordinarse a las exigencias de esta manera que sólo podemos verla a ella como una *esclava moderna*.

Ella, a partir del imperativo de acceder a un salario, se subordinó totalmente a la maquiladora, desde muy joven. Pronto ascendió de operadora a jefa de grupo, y tuvo ingresos mayores a los de la generalidad de las obreras. Al principio, su jornada era de 6:30 de la mañana y salía a las 3:15 de la tarde; más media jornada de trabajo los sábados, de 6:30 a 10:30 de la mañana. Luego pasó a la jornada vespertina, de las 3:30 p.m. a 12 pm, y en ella se mantuvo por muchos años.

A esas jornadas se agregaban las horas extras, que para estas obreras y obreros no parecen ser una maldición, sino una bendición, porque a través de ellas accedían a un mayor ingreso, o, mejor dicho, a un ingreso menos bajo.

En el turno vespertino, continuaba sus labores luego de las 12 pm, llevando a cabo horas extras, hasta las 6 ó 7 de la mañana. Esta extenuante jornada, con horas extras, la llevaba a cabo muy comúnmente, fuera de las limitaciones que impone la Ley Federal del Trabajo en este aspecto (por ley sólo se permiten nueve horas extras durante una semana de labores); cuando en el caso de Francisca vemos que ella llevaba a cabo seis horas extras al día, “doblando turno” durante toda la semana, en una jornada de trabajo que claramente violaba las disposiciones de la Ley del Trabajo.

Francisca laboró por casi 30 años en esas condiciones, para, ya muy cerca de la antigüedad necesaria para jubilarse, verse despedida, sin causa justificada. El despido fue para ella un duro golpe, pues le llegó a una edad “avanzada”, casi 50 años de edad.

Por ello, en el testimonio de Francisca pudimos percibir el sentimiento de que sus condiciones de vida y de trabajo no sólo habían disminuido, sino que se habían *derrumbado*. En realidad, un sentimiento de *catástrofe* la embargaba. Obviamente, ella se vio obligada a buscar trabajo en otra maquiladora, en donde sus ingresos disminuyeron en más de la mitad, con respecto a los

que había alcanzado durante casi tres décadas en su anterior empleo.

Ese sentimiento de derrumbe de las condiciones de vida y de trabajo lo encontramos en otras obreras y obreros que entrevistamos hacia mediados de la década. Es fácil imaginar que hoy este sentimiento (2010) debe de estar sumamente generalizado entre esta clase obrera, ante una extensión sin precedente del desempleo en la ciudad, luego de la pérdida de casi 120 mil puestos de trabajo los dos últimos dos años, y con el peligro y la violencia en las calles, a todas horas y todos los días.

Los del sur

Las experiencias de “los del sur” son muy complejas y variadas. Sin duda, estamos ante un universo muy amplio de experiencias, vinculadas a la migración desde muchos puntos del país: del mismo estado de Chihuahua, de Durango, de Coahuila, y hacia fines del siglo pasado, del sur oriente y del sur del país. Entre estas experiencias de migración destaca la de jarochos (originarios del estado oriental de Veracruz), mejor conocidos como “juarochos”.

En efecto, a Ciudad Juárez migraban hombres y mujeres de todas las edades y de muchos puntos del país, incluso del extranjero. Se conformó así una identidad regional compleja, un lugar donde hay “muchos” otros: los “del sur”; donde los mismos “juarenses” son “otros” para los migrantes; y donde, cruzando los puentes peatonales sobre el Río Bravo, hay “otros”: los “mexicano norteamericanos”, los “americanos”, y también los afroamericanos.

Recordemos que la migración es, sobre todo, un medio para lograr la supervivencia. A partir de los testimonios que reunimos, podemos constatar que no había futuro para estos migrantes en sus lugares de origen, en lugares cercanos o lejanos de Ciudad Juárez. Pueden ser muchas las causas de la migración, pero en los casos analizados por nosotros predominaba el elemento indicado: la búsqueda de la sobrevivencia.

No podemos hablar de “oleadas” de migración a Ciudad Juárez; más bien asistimos al arribo sistemático de migrantes a este lugar, tal vez desde los años 40 del siglo pasado, cuando, en 1942, inició el Programa Bracero, el cual finalizó en 1964. El acuerdo de este programa fue firmado entre México y EUA con el fin de contratar mexicanos que cumplieran los requisitos para trabajar en el vecino país. A partir de este hecho asistimos al desplazamiento,

de una manera permanente, de migrantes hacia Ciudad Juárez⁶.

Nosotros encontramos que hay migrantes desde la ciudad capital, Chihuahua, que arribaron a la ciudad en los años 60, casi dos décadas antes de la era neoliberal, que es cuando se ubica el inicio de una gran oleada de migración en el mundo y de la cual México no escapó.

En los años 80 del siglo pasado la migración sí pareció corresponder a los primeros efectos de las políticas neoliberales, que dejaron a millones sin empleo y sin más opción que buscar sobrevivir en otros lugares. Proviene del mismo estado de Chihuahua y de otros estados cercanos, como Coahuila, Durango y Zacatecas.

Entre los casos que estudiamos identificamos un núcleo familiar, el cual se desplazó del sur del estado hacia el norte, hacia Ciudad Juárez. Todos los miembros de esta familia estuvieron decididos a buscar un medio de vida en la ciudad donde el imaginario popular suponía entonces que siempre había empleo: Ciudad Juárez –imaginario que hoy, 2010, ha cambiado drásticamente. Hoy Ciudad Juárez expulsa a sus habitantes, por la gran violencia que ahí se ha instalado.

No sabemos en qué momento creció la migración desde el estado de Coahuila, el hecho es que hacia fines del siglo pasado, en el imaginario de la ciudad apareció la figura del “torreonero”. Veamos una experiencia de “torreoneros”. Ella nos habla, de nuevo, del desplazamiento de una familia entera, por etapas, poco a poco, en busca de trabajo y de sobrevivencia, desplazamiento que se dio en un lapso de tiempo breve. El núcleo familiar contaba con una red de familiares establecida previamente en Ciudad Juárez, tías principalmente, también migrantes. Los miembros de ese núcleo familiar dejaron atrás las labores agrícolas que realizaba en dos hectáreas de terreno, muy cerca de la ciudad de Torreón. Primero llegaron a Ciudad Juárez los hijos varones, exploraron un tiempo el lugar y trabajaron por primera vez en las maquiladoras. Regresaron a su rancho, cerca de Torreón, y luego volvieron a Ciudad Juárez, para radicarse definitivamente ahí. A los tres años llevaron a sus padres a vivir con ellos, ya con la idea de instalarse definitivamente en el lugar.

Ya hacia los años 90 del siglo pasado, tal vez antes, aparece otro sujeto migrante. Está compuesto, de manera

notable, por hombres y mujeres que provienen del estado oriental de México, Veracruz, los “juarochos”, calificativo con el que se les conoce en Ciudad Juárez, que se forma de combinar las palabras “juarense” y “jarocho”.

Ellos imprimieron en la ciudad algunos elementos propios de su cultura regional: en Ciudad Juárez se volvió común ver restaurantes de marisco y pescado (más que los que comúnmente hay en cualquier ciudad del país), en los diarios se anunciaban los famosos brujos de Catemaco, e incluso la presencia del Partido Convergencia se debió a este fenómeno de cierta “jaroquización” del lugar; así como la presencia de candidatos a puestos de elección popular en el estado de Veracruz que iban a Ciudad Juárez a realizar su proselitismo político.

Esta corriente migratoria, que provenía de tierras lejanas (el viaje en autobús dura entre 20 y 24 horas, un día entero de traslado), conservó raíces en sus pueblos y ciudades de origen, lo cual podía corroborarse en las colonias y barrios de la ciudad, donde podían verse las terminales de autobuses particulares que mantenían una permanente comunicación con el estado de Veracruz.

Además de la lucha por la sobrevivencia, el impulso de muchos de estos migrantes, implicó la búsqueda de una nueva vida, a pesar de los nubarrones que desde fines del siglo XX se cernían sobre la ciudad, pues no olvidemos que la violencia *feminicida* se instaló aquí desde principios de los años 90 del siglo pasado.

Un testimonio de una joven migrante de Veracruz, Mónica, ilustra esos sentimientos de búsqueda de una nueva vida. El anhelo de esta joven jarocho era llegar a un lugar en el que, al mismo tiempo que trabajaba, podría estudiar, sobre todo a nivel superior (ella contaba con la preparatoria terminada), pues en su lugar de origen no podía llevar a cabo tal objetivo.

Motivada por ese anhelo, y por la red de parientes con la que contaba, Mónica llegó a Ciudad Juárez, para que, al cabo de tres años, su futuro no fuera tan esperanzador, no al menos en los términos en los que ella había planeado: la educación superior resultó igual de inalcanzable para ella en Ciudad Juárez que en su ciudad de origen.

Todo indicaba que ella seguiría trabajando en una maquiladora en la que laboraban varios de sus parientes, llevando a cabo labores domésticas en su “tiempo libre”, en un hogar habitado por un tío (jarocho también), la esposa de éste y su hermana, así como la familia de ambos núcleos familiares (originarios éstos de Ciudad Juárez); al tiempo

⁶ González de la Vara, Martín, *Breve historia de Ciudad Juárez y su región*, El Colegio de la Frontera, UACJ y Eón, México, 2002.

que experimentaba fuertes sentimientos de nostalgia hacia su terruño.

En ella, los sentimientos de esperanza, de pugnar por una nueva vida, habían sido sustituidos por los del desaliento y la nostalgia hacia Veracruz. Podemos pensar que estos sentimientos se han agudizado, y no sabemos si ella ha vuelto a su tierra natal, ante el recrudecimiento de la violencia en la ciudad durante los años 2008-2010, que ha hecho que cientos de “juarochos” vuelvan a sus pueblos de origen.

En efecto, la situación anteriormente descrita ha dado un giro completo: la migración se ha detenido y claramente se ha revertido, por la violencia en la ciudad, la presencia del ejército, el giro del crimen organizado hacia otras actividades criminales como la extorsión y el secuestro.

El trabajo en las maquiladoras en medio de la catástrofe

Recordemos que el capital transnacional creó en esta industria, desde sus orígenes, una suerte de “feminidad productiva”, a partir de ciertos atributos del género femenino, como supuestamente son la docilidad y la sumisión. Con el paso de los años, ese panorama fue cambiando y el capital forjó un contexto laboral en el cual llegaron a coexistir, por partes iguales, mujeres y hombres, aparentemente involucrados en las dinámicas de productividad, eficiencia y calidad que estas empresas dicen impulsar, sobre todo, los obreros migrantes; todo esto antes de los fatídicos años de 2008, 2009 y 2010.

Es decir, esta industria incorporó a trabajadores relativamente jóvenes, hombres y mujeres, sin experiencia laboral previa, ajenos a sus derechos laborales, los cuales parecieron aceptar pasivamente la violación de estos derechos por parte de las maquiladoras —aunque ya hemos visto la existencia de un *instinto de clase* en estos obreros.

La producción en estas empresas se basaba en gran medida en el ensamble de partes de un producto intermedio o final, a partir de un trabajo repetitivo, intensivo en cuanto a sus ritmos de trabajo, y también extensivo en cuanto a las jornadas de trabajo. Estos obreros, hombres y mujeres, vivieron prolongadas y extenuantes jornadas de trabajo cotidianamente, lo cual va en contra del espíritu de la actual Ley del Trabajo, que prohíbe las jornadas de trabajo inhumanas.

Sumemos a todo lo anterior que el capital ha impuesto otras condiciones, como la prohibición de los sindicatos; por ello, esta clase obrera no cuenta con organización colectiva, al tiempo que, aparentemente, tampoco reivindica derechos laborales colectivos.

En una primera impresión, la pasividad de esta joven clase obrera parecería ser un rasgo cultural de este sector del “nuevo proletariado del norte”. Pero también sabemos que estos obreros tenían objetivos muy precisos, como sería la lucha por la sobrevivencia, la lucha por adaptarse a un lugar distinto, al tiempo que ambivalente, pues Ciudad Juárez les “abría los brazos” a los migrantes, aunque en el fondo los estigmatizaba.

Obreras y obreros señalaban que el ingreso a las maquiladoras se originaba a partir de la *vox populi*, en los barrios obreros, en donde los obreros circulaban información sobre las condiciones de trabajo de las maquiladoras. También se necesitaban “recomendaciones”, es decir, que alguien que laboraba en determinada empresa recomendará a quienes se aprestaban a presentarse a las pruebas y exámenes correspondientes.

Esas redes sociales también funcionaban para el caso de los migrantes, quienes solían llegar a Ciudad Juárez desde lugares ubicados a miles de kilómetros de distancia, para enrolarse en las empresas en las cuales laboran sus familiares.

En estos procesos es cuando volvemos a observar cierto *instinto de clase* en estos obreros, hombres y mujeres. Durante los interrogatorios que lleva a cabo el personal de las empresas, es común la pregunta acerca de los sindicatos. Ese *instinto de clase* funcionaba y, obviamente, el obrero u obrera ocultaban la mayoría de las veces esta experiencia.

Pero no todo era *instinto de clase*, también había *condicionamiento obrero*. Tal situación podía observarse en la percepción que estos obreros tenían de las agencias de colocación, encargadas de contratar al personal que va a ingresar a las maquiladoras. Así, mientras unos las ven a estas agencias como un nuevo mecanismo de dominación, al diluir la figura de patrón o empleador ante estos obreros, otros, en cambio, no presentaban ningún cuestionamiento a estas oficinas, y hasta las veían como sumamente útiles para agilizar el proceso de contratación.

Ahora digamos algunas palabras sobre el trabajo en las maquiladoras. Antes de la última gran crisis (2008-2010), ya se podía ver una reducción en las condiciones

de trabajo en estas empresas, desde siempre caracterizadas como flexibles, según hemos anotado. Desde mediados de la década, ya podían observarse los bajos salarios (los cuales, ciertamente, han sido bajos desde los orígenes de esta industrialización), la pérdida de bonos y de beneficios de las maquiladoras que habían sido atractivas para estos obreros: los festejos, las comidas, los paseos.

En los Reglamentos Internos de Trabajo los controles del capital eran y son muchos y muy estrictos, en ellos se establecían discriminaciones a obreros y obreras, así como multas al salario (por “puentes”, entre otras faltas), y las sanciones a los obreros solían y suelen exceder a las que establece la Ley del Trabajo.

Ya hablamos de la prohibición a la contratación colectiva, podemos agregar la generalización de los contratos por tres meses, o lo extendido de las prácticas de acoso moral (en el cual incluimos el sexual) por parte de los mandos directivos de estas empresas, y la profunda diferencia en las líneas de producción entre migrantes y originarios, en torno a la intensificación o no de los ritmos de trabajo, entre muchas otras circunstancias.

Ahora, este escenario se complica por lo antes mencionado: el cierre de empresas, en una proporción no vista en décadas en el lugar, con la posible pérdida de 120 mil puestos de trabajo en los últimos años. Así como por los claros indicios de implantación, por parte del capital asiático, de formas de organización del trabajo aún más estrictas y cuartelarias, a lo que hay que sumar la terrible realidad del desempleo, la violencia y el éxodo de miles de la ciudad en los años fatídicos del 2008, 2009 y 2010.

Conclusión

Como hemos ilustrado, la situación descrita es, a todas luces, desfavorable; vemos cómo la cultura de estos obreros, hombres y mujeres, está cargada de pesimismo y desolación, a lo que ahora debemos sumar el miedo ante el riesgo y el peligro. Todo ello dificulta enormemente cualquier posibilidad de organización obrera.

El *instinto de clase* que hemos ilustrado es sólo eso, un instinto, una percepción de ellas y ellos, que no se ha desarrollado en acciones colectivas, menos en organización estable. Los elementos de cierta resistencia y *resiliencia* que

apuntamos (como los procesos de conversión religiosa), se dan a nivel individual, son importantes, pero no bastan para conformar acciones colectivas⁷.

Sin embargo, no todo es catástrofe y desolación en Ciudad Juárez en esta primera década del siglo XXI. El rayo en cielo despejado que significó la quema de la cafetería de la maquiladora Foxconn, por parte de obreros indignados, podría ser eso: un rayo en cielo despejado.

En esa maquiladora, perteneciente a la Apple Corporation, el 18 de febrero del 2010, las y los obreros fueron obligados a permanecer en la empresa y a laborar horas extras en contra de su voluntad. La empresa argumentó que no había camiones para transportar a los obreros, pues estos no habían podido llegar a las instalaciones de la empresa porque se los impidió un retén del ejército. Ante tal imposición, los obreros estallaron, indignados. No era la primera vez que esto sucedía, por lo que decidieron destruir y quemar la cafetería de la empresa, lo que produjo una reacción de la empresa: despidió a todos los obreros y obreras del turno que llevaron a cabo esta acción, unos 300 obreros.

Contra toda previsión, ¿acaso este incidente inició una nueva etapa en el desarrollo de esta clase obrera, en sus orientaciones ante las empresas maquiladoras? No lo sabemos. Recordemos que las luchas por la dignidad fueron la base de la organización obrera hace ya más de un siglo, en Europa y los Estados Unidos de Norteamérica. Y dos siglos antes, los destructores de máquinas, organizados en las sectas luditas, hacían de las suyas en las empresas de Inglaterra, quemando empresas y destruyendo las máquinas que les arrebataban el control sobre el trabajo.

En realidad, sólo el tiempo responderá si la catástrofe social que hoy viven las y los obreros de las maquiladoras de Ciudad Juárez podrá ser revertida por su accionar o el de otros sujetos, o si se siguen imponiendo la violencia y la descomposición social.

⁷ El concepto de *resiliencia* alude a la capacidad de los materiales para resistir cualquier presión y recuperar su condición original. Esta idea ha sido desarrollada para caracterizar la capacidad de los seres humanos de rehacerse ante las situaciones más hostiles. Al respecto, véase Mancieux, Michel (Comp.), *La resiliencia: resistir y rehacerse*, Gedisa Editorial, Argentina, 2007.

Eón Sociales

